

Diálogo intercultural acerca de la vergüenza y la prohibición de mirar en el inconsciente: Japón, India y Argentina

*Mónica Vorchheimer*¹

El tema de este panel adquiere significación renovada en tiempos en que las fronteras entre lo público y lo privado y la reserva de áreas de intimidad se ven hoy en día jaqueadas por la “intimidad como espectáculo”, oxímoron que describe la sociedad de nuestro nuevo siglo. La mirada de hoy ya no produce vergüenza de la manera que lo hacía en otros tiempos.

En mi contribución a este panel cuya invitación agradezco a los doctores Kitayama y Bassak, me fue solicitada una perspectiva argentina sobre el tema que lleva por título el panel. Humildemente prefiero presentarles simplemente algunas ideas de una analista argentina, formada en la tradición psicoanalítica argentina, más que una perspectiva argentina, que por otro lado no sé si existe como tal.

Para ello introduciré algunas ideas incluidas entre los tópicos que tenemos para la discusión –vergüenza y mirada–, articulándolas con un conector que a mi entender ilumina acerca de la prohibición; me refiero a la función de vigilancia.

Para ilustrar estas ideas, me serviré de una ilustración tomada de una película argentina reciente –La mirada invisible– para mostrar

¹ Miembro titular APdeBA (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires) - Argentina

cómo veo el entrelazamiento de estos tres términos: mirada, vergüenza y vigilancia.

EL ESPECTRO VERGÜENZA - HUMILLACION Y LA MIRADA

Existe una amplia bibliografía en la literatura psicoanalítica sobre el tema que nos convoca. No me detendré en ella, sino sólo consideraré que al pensar la noción de vergüenza, nos vemos llevados rápidamente a incluir el concepto de humillación como formando parte de un espectro emocional-fantasmático.² Recordemos no obstante, que la vergüenza para Freud, se erige inicialmente como un dique precursor de la represión y motivo de la defensa y que sólo más tardíamente la sitúa como derivada de la ansiedad de castración y del complejo de Edipo. Vinculada por él principalmente a la femineidad, quedará ligada a la defectuosidad, fundamentalmente la defectuosidad de los genitales femeninos.

La vergüenza aparece cuando algo que debía quedar oculto se vuelve visible; algo que debía mantenerse bajo control, traspasa esa barrera; por esa razón, la experiencia vergonzante no requiere necesariamente de una transgresión aunque supone una mirada desaprobadora; quien se siente avergonzado quiere desaparecer, “que lo trague la tierra” frente a una sensación de ridículo. De ahí, el estrecho lazo entre vergüenza y mirada. La vergüenza es ante la exhibición pública, ante la mirada de otro, real o fantaseado. O mejor dicho, es el corolario de una relación inconsciente con un objeto que mira de una manera persecutoria. Quien se siente avergonzado ante una situación externa, tiende a “bajar los ojos”.

La vergüenza implica la exposición de la desnudez y la sensación de haber sido “pescado”, descubierto detrás de un escondite. Para evitar sentirse avergonzado es necesario mantener reprimido el placer escópico que retorna proyectivamente en esa mirada que hace caer en vergüenza. De ahí la experiencia de las mujeres ante el piropo obsceno en la calle en el cual el piropoeador induce en ella vergüenza al aludir no sólo al cuerpo femenino y al deseo y la excitación sexuales, los que deberían quedar velados por la represión sino también al placer exhibicionista de la propia desnudez, que reprimido

² Gran parte de la literatura psicoanalítica que se ocupó del tema utiliza los términos vergüenza y humillación como sinónimos.

queda enmascarado por las vestimentas y proyectado en el placer de ver del piropador (Freud, 1900). De esta manera, la vergüenza adquiere un valor fantasmático, como signo de la excitación.

Recordemos los sueños de turbación por desnudez, que según Freud (1900) resultan típicos precisamente cuando se acompañan del sentimiento vergonzoso frente al cual, ante la turbación, aparece la imposibilidad de la huida a través de alguna inhibición motora que impide ocultar la desnudez. Freud los considera sueños exhibicionistas.

En estos sueños, las personas, los espectadores hacia quienes se dirigieron originariamente los deseos infantiles exhibicionistas son omitidos de la escena onírica, salvo en la paranoia donde reaparecen abierta o enmascaradamente bajo la multiplicación de varias figuras extrañas que denotan la cualidad de secreto en juego. De acuerdo con el propósito del sueño, la exhibición se realiza pero la censura la interrumpe por vía de la mirada de alguien frente a quien se experimenta el sentimiento penoso, vergonzoso.

Freud (1900) lo ilustra con un sueño propio: *“Con una toilette muy incompleta salgo de una vivienda de la planta baja y trepo la escalera hasta el piso superior. Voy saltando los escalones de tres en tres y me regocijo de poder subir las escaleras con tanta agilidad. De pronto veo que una mujer de servicio baja las escaleras y viene a mi encuentro. Me avergüenzo, quiero apresurarme y ahora aparece aquella parálisis, me quedo clavado en los escalones y no me muevo del sitio”*.

El interpreta su sueño afirmando que se sirve de un resto diurno (la escalera de su consultorio –de una señora a la que le va a dar inyecciones– la portera que lo reprende por ensuciarle con sus escupitajos la escalera) en la construcción de un sueño exhibicionista en el cual se reproduce la situación infantil de una niñera severa que lo reprendía por los menesteres de la limpieza y la concomitante vergüenza infantil experimentada; ubica la realización de deseos también en la agilidad motora para subir la escalera que enuncia que su corazón está funcionando correctamente.

No podemos reprocharle a Freud que en el año 1900 no hubiera ponderado suficientemente la presencia de la excitación masturbatoria infantil (subir las escaleras), de carácter edípico (de tres en tres) asociada al control esfinteriano (la limpieza y la tos que escupe ensuciando la escalera). Lo avergonzante expresado metonímicamente en la desnudez es esta fantasmática edípica figurada en

lenguaje esfinteriano: es vergüenza al ser mirado gozando del placer masturbatorio infantil.

En la tradición psicoanalítica en la que me inscribo la vergüenza es una resultante de la represión edípica y como tal puede considerarse como un matiz de lo que denominamos culpa, presuponiendo por lo tanto la operatoria del Superyo.³ Por tornarse visible aquello que debía quedar fuera del alcance de la vista, la vergüenza revelaría que se ha incumplido un mandato de que eso debía quedar tapado, revestido por diques como el pudor.

Sin embargo, la ventaja de desglosar los términos permite identificar lo que la vergüenza tiene de específico y así iluminar diversos matices que permitirán una mejor comprensión e interpretación de fantasías inconscientes en juego y proveer al paciente de una cada vez mayor y sutil captación de su mundo interno, ayudando a enriquecer sus competencias lexicales que permiten y revelan un mayor grado de desarrollo de la capacidad de tomar contacto con su realidad psíquica.

Una paciente debatiéndose sobre la oportunidad de destetar a su segundo y muy probablemente último bebé, relata que conversando con una amiga ésta le preguntó si su bebé tomaba la mamadera; ante la pregunta, se ruborizó sintiéndose avergonzada; el rubor de su rostro denuncia la experiencia de sensualidad excitada del amamantamiento que debía quedar oculta a la mirada de los otros, pero que su rostro, enrojecido como los genitales deseantes, da a ver lo que debía quedar fuera de la vista.

Un joven paciente cada vez que se siente comprendido y tocado por mi interpretación reacciona con ciertos manierismos corporales (se arregla el pelo, se acomoda la raya de su pantalón). De este modo indica cómo la comprensión interpretativa la experimenta como si la analista se hubiera introducido súbitamente violentando su pudor y lo encontró desnudo o sentado en el inodoro y debe cubrirse. Estas reacciones de vergüenza, paraverbales, suelen operar como indicios, como angustia señal, para la labor del analista a los fines de modular la temperatura y la distancia requeridas para que las intervenciones analíticas puedan ser mejor utilizadas por el paciente.

³Diferentes autores han comprendido la vergüenza como heredera del narcisismo primario (Yo ideal) acentuando la sensación de pequeñez, inferioridad como evidencia de la comparación entre el self y las aspiraciones de perfección narcisistas.

En ambos ejemplos la descripción de la experiencia de vergüenza con sus fantasías exhibicionistas ligadas al placer sexual infantil merecen un lugar en la tarea interpretativa como paso preliminar para el abordaje de otras significaciones en la estratificación del material inconsciente. En el primer caso asociadas a la culpa edípica por el robo del bebé y en el otro al placer masturbatorio anal vinculado a fantasías de corte homosexual.

El Psicoanálisis argentino abrevó fuertemente desde sus orígenes en el pensamiento kleiniano y post kleiniano encontrando allí interesantes aportes para la comprensión de la vergüenza, conceptualizada como el temor a mostrar una identidad espuria a causa de la identificación proyectiva. Benito López, analista argentino, apoyándose fuertemente en estos aportes, sostiene que la vergüenza está vinculada a fantasías edípicas pregenitales de contenido fálico uretral, en las que mediante la identificación proyectiva el *self* infantil confunde su identidad con la del objeto parental en la escena primaria en sus específicas prerrogativas sexuales, potenciada por la masturbación fálica cercana al nivel creador de la genitalidad con la resultante confusión de identidades entre adulto y niño. Subrayemos que no es sólo la excitación sino esta cualidad espuria la que al ser descubierta produce vergüenza, a la que B. López alinea entre las ansiedades depresivas. Se trata del efecto de identificaciones proyectivas parciales y transitorias. De ahí su habitual ubicuidad en los momentos vitales de pasaje y crisis evolutivas como la pubertad, adolescencia y vejez.⁴

Pienso que en esta línea podría pensarse la vergüenza cercana a la culpa persecutoria descrita por Melanie Klein y desarrollada ampliamente por otro analista argentino, León Grinberg, más que a la culpa depresiva propiamente dicha cuyo centro es la preocupación amorosa por el objeto.

Siguiendo las ideas propuestas por Benito López, subrayamos cómo el orgullo infantil es la consecuencia de esta confusión de identidades en la escena primaria y cómo, al ser descubierta por la mirada del otro (subrogado parental), queda expuesta una desnudez fantasmática que implica una retirada vergonzosa en la que es ya imposible huir de uno mismo.

⁴ Es interesante recordar lo frecuente que es en los niños el sentimiento de vergüenza cuando se lastiman y llevan un yeso (o su contrario, el orgullo) o la exposición de alguna desgracia familiar como la muerte de un abuelo o el divorcio de los padres.

Podemos entonces considerar a la vergüenza como un temprano regulador de la moral; temprano y en algún sentido precario, ya que se trata de una moral basada en una mirada desaprobadora de fuertes notas corporales, primitivamente fálico y uretrales resignificadas edípicamente en términos fálico-castrado. Se trata de una suerte de moral transitoria, una “moral de objeto parcial”, precaria por cuanto instala categorías en base a un *self* infantil que desea ser amado-aprobado por el objeto parental mediante su mirada y en ese sentido su debilidad estriba precisamente en el hecho de que está atada –en la realidad psíquica– al temor a esa mirada del otro y a la obediencia a la autoridad que emana de ella.⁵

Recordemos la genialidad del hallazgo freudiano al formular la conciencia moral como proyección endopsíquica de la observación de sí, esa mirada omnipresente, intrapsíquica. Ese otro cuya mirada avergüenza es el objeto interno hacia quien se dirigió la curiosidad infantil que se personifica en la función de observación de sí dentro de la estructura del Superyo, y se externaliza en diversos objetos del mundo externo, origen muchas veces del pudor de los púberes y adolescentes y motivo de fobias sociales típicas.

Como es sabido, al hablar de mirar estamos refiriéndonos no a una función fisiológica sino al accionar pulsional que toma al ojo como zona erógena e instrumento de la relación de objeto; a través de la pulsión escópica pueden realizarse deseos tanto eróticos como de odio de acuerdo a la fantasía en juego.

La mirada puede adquirir un carácter regresivo de cualidades anales vehiculizando a través del esfínter ocular una entrada en el objeto para apoderarse de sus cualidades, tomar posesión de él, usurparlo y robarle su identidad atacándolo sádica o envidiosamente.⁶ Esto ocurre en el voyeurismo intrusivo dominado por la organización narcisista que va acompañado de excitación, omnisciencia y grandiosidad, lo que lo diferencia del mirar propio de la curiosidad en que los ojos son usados para descubrir el mundo y contemplar al objeto desde afuera, conservando el misterio de su interioridad.

El mirar comandado por esta organización narcisista, en cambio,

⁵ Money Kyrle distingue entre la culpa que surge frente al fracaso en la satisfacción de los mandatos del Superyo de la vergüenza como corolario del Yo ideal, conceptualizado como aspectos de los objetos parentales con los que el Yo se identifica (pág. 357). Los aportes de López van en otra dirección.

⁶ Recordemos la expresión “mal de ojo”.

no respeta fronteras ni tolera el misterio de lo que no se ve y al confundirse las identidades a causa de la identificación proyectiva, las distancias entre el *self* y el objeto se borran y la experiencia visual puede adquirir cualidades táctiles, sensuales, tocando aquello que miran, o violentando y arrasando.

La experiencia humillante se vincula a una estructura narcisista arcaica asentada en la usurpación violenta y tiránica de las funciones primarias de los objetos parentales sin respeto por los orificios de entrada que ingresa analmente en el objeto. En la impronta edípica de la humillación se figura una escena primaria sadomasoquista. Un Superyo burlón y virulentamente cruel denuncia esta identidad fraudulenta conseguida mediante la usurpación a través de la masturbación anal intrusiva (B. López). Así como la vergüenza supone la desaprobación del otro a través de su mirada, en la humillación la fantasía es que el objeto no sólo inflinge una mirada desaprobadora sino que esta mirada es una acción hostil, intrusiva y sádica; el ojo que humilla posee cualidades sádico-anales.⁷ Ya no es la pérdida de orgullo sino la pérdida del poder lo que entra en juego, ya que el corolario de la acción humillante es el derrumbe de la megalomanía que producía la intrusión en el objeto con su cortejo de omnisciencia y omnipotencia. Cuando por este camino regresivo la vergüenza se transforma en humillación, el *self* es arrasado y el dolor de la injuria narcisista puede alcanzar intensidades extremas capaz de motorizar hacia el objeto una acción vengativa o revertir sobre el *self* en actos suicidas. Estamos en el terreno de intensas ansiedades paranoides.

MIRAR Y VIGILAR

Un punto que me parece especialmente importante de destacar para nuestro tema es el valor que ocupa la mirada en el espectro emocional que va de la vergüenza a la humillación.

Decíamos con Freud de la función de observación asignada al Superyo. El observar, nos dice, no es sino una preparación del enjuiciar y castigar que sedimentará en la conciencia moral; concien-

⁷ En su extraordinario trabajo "Megalomanía", Money Kyrle refiere la arrogancia y el desprecio de la megalomanía a la creencia delirante en la inferioridad asociada a lo sucio, estructurada en base a la fantasía del bebé de la superioridad de sus nalgas y heces por encima del pecho y leche maternos.

cia moral y observación de sí formarán parte de la constelación estructural del Superyo que a lo largo del desarrollo irá adquiriendo cada vez mayor distanciamiento de las figuras parentales originarias introyectadas, dotando al Superyo de un carácter crecientemente impersonal.

Los aportes de la escuela inglesa nos han permitido considerar que esa mirada observadora de la estructura superyoica se asienta sobre una matriz fantasmática inconsciente, un entramado de relaciones de objeto, deseos pulsionales eróticos y destructivos con su correspondiente objetología fantástica. Como decíamos más arriba, la actividad escópica puede motorizar tanto deseos amorosos como sádicos y envidiosos. Mirar puede ser para conocer, acariciar, reparar, pero también para controlar destruir, robar, usurpar. Mirando se puede respetar los límites del objeto como ocurre en las fantasías edípicas de corte infantil que darán lugar a la experiencia de vergüenza al ser develada la confusión de identidades en la escena primaria.

En cambio, cuando las motivaciones son crueles, narcisistas y omnipotentes, a través del ojo –y el ojo mismo– pueden proyectarse aspectos disociados del *self* dentro del objeto forzando la entrada en él con violencia, abuso y dominación, lo que configurará un ojo que mira con sadismo, arrogancia y omnisciencia y que a su vez revertirá como una mirada de cualidades análogas. Una atmósfera que va de la reserva⁸ al secreto y la clandestinidad colorea la experiencia que va de lo vergonzante a lo humillante.

La mirada puede funcionar entonces como medio de coacción, como nos lo hizo saber Foucault (1976). Nos describió el ejercicio de la disciplina que se vale de un aparato que coacciona por el juego de miradas mediante el empleo de técnicas que permiten ver e inducen efectos de poder mediante dispositivos de vigilancias múltiples y entrecruzadas, donde se debe poder ver y vigilar sin ser visto. Foucault nos dice que el aparato disciplinario represivo perfecto, permite verlo todo permanentemente mediante una sola mirada; ojo perfecto a lo que nada se sustrae. Poder múltiple, automático y

⁸ B. López (1983) nos advierte de la diferencia entre reserva y secretividad, en donde en el primer caso se trata de un temor a ser descubierto mientras que en el segundo existe un deseo de control y dominación del objeto mediante el ocultamiento engañoso de información del otro, real o fantaseada, que ignora lo que se sabe de él. En esta era de Internet en que la noción de intimidad es objeto de interesantes debates, una comprensión sutil de estas cualidades emocionales de los vínculos adquiere valor renovado. La vergüenza, tal como es considerada aquí, instala categorías vinculadas a la reserva. La intimidad, en cambio, se refiere a cualidades de la genitalidad.

anónimo, organizado en base a jerarquías: vigilantes perfectamente vigilados en un poder disciplinario que controla a quienes a su vez están al mando del control.

El espacio por excelencia construido para este control disciplinario lo configurará el panóptico de Bentham donde la inspección funciona sin cesar y la mirada está por doquier. Mirar y castigar. Espiar, vigilar y castigar. Un vigilante en el centro de un espacio rodeado de los lugares asignados a los calabozos que alojan a los prisioneros controlados, quienes se sienten permanentemente vigilados precisamente por no poder visualizar al vigilante, encarnación –parafraseando a Bion– de un ascendente moral carente de moralidad.

La arquitectura del panóptico se presta para modelizar este dispositivo de un uso abusivo y violento de la mirada desde su intrusión en el objeto, describiendo esa actividad de doble vía por la que al mirar somos mirados produciéndose efectos de un poder que opera a través de la vigilancia paranoide y omnipresente tal como la describíamos en la escena primaria sadomasoquista, con su corolario de megalomanía y humillación. Me interesa esta descripción a los fines de la ilustración que sigue.

UNA ILUSTRACION: “LA MIRADA INVISIBLE”

Voy a ilustrar las ideas que expuse más arriba con una película reciente que lleva por título *La mirada invisible*, del joven director argentino Diego Lerman, de la que tomaré sólo una perspectiva posible de análisis a propósito del tema que nos convoca: vergüenza (humillación) - mirada - vigilancia.

La película –de la que les mostraré un recorte– transcurre en el emblemático Colegio Nacional Buenos Aires (emblema de una educación liberal y erudita) durante la última etapa de la dictadura militar argentina, triste capítulo de nuestra historia de la década del 70, signado por el terrorismo de Estado y los crímenes de lesa humanidad ejecutados por el aparato represivo gubernamental.

Narrando la parte para dejar ver el todo, el Colegio, opera como deslizamiento metonímico del país, como una microcélula que alude a un todo que lo representa, por un lado y lo abarca, por otro. Pero no centraré mi comentario en la comprensión de las complejas determinantes sociales, políticas e históricas metaforizadas a través de la

trama central del film; ello escapa a los propósitos de este trabajo y demandaría la integración de lecturas transdisciplinarias con las que me siento en deuda. Las extensiones al campo de lo social histórico y político que pudieran surgir de este juego clínico –y que dejo como competencia del lector– podrían sin embargo seguir, en el camino iniciado por Freud, desde la perspectiva que aporta el Psicoanálisis como disciplina del caso por caso, a la elucidación de algunas de las complejidades anímicas que subyacen a los fenómenos sociales.

Asistimos en la película de Lerman a épocas de disciplina militar, obediencias debidas y rigor educativo. Allí, una joven preceptora del Colegio, María Teresa, se encerrará durante horas entre el excremento y la orina del baño de varones persiguiendo un vago, quizá inexistente, olor a cigarrillo para sorprender a los que fuman y llevarlos ante la autoridad. Un jefe de preceptores –que encarna el Estado represivo– sin ningún tipo de escrúpulos y que se regodea de no tenerlos, le indica a la preceptora el riguroso método de control disciplinario. “Fumar en el colegio es el cáncer de la subversión”. Ella cumple a rajatablas su tarea.

¿Cuál es el secreto de la buena disciplina? –pregunta Biazuto.

La vigilancia –dice María Teresa.

La vigilancia *permanente* –completa Biazuto.

La mirada invisible –comprende ella.

María Teresa vive con su madre y su abuela. En esta casa sin hombres y sin claras diferencias generacionales, de su padre “han preferido no saber”; la abuela, figura dominante en la familia, fuma. Ella la mira fumar y en un momento le pregunta cuándo ha comenzado a fumar. La abuela le revela que a temprana edad, a escondidas. El cigarrillo, con su simbolismo fálico, despierta la curiosidad de la nieta por el fumar, la sexualidad y los hombres, y en su lugar de trabajo, se dedicará a espiar a los alumnos a los que mira deseante, aunque su deseo caiga bajo los efectos de la represión, que a su vez ejerce sobre los jóvenes mediante el control disciplinario.

Poco a poco hace de esta búsqueda un hábito oscuramente excitante, primero en las aulas y en los pasillos del colegio y luego escondiéndose en los baños. De la aplicación a ultranza de las reglas, de la rigurosa vigilancia de una completa rectitud a través de una mirada incisiva, de la custodia inflexible de una normalidad total y

atroz, surgirá el desvío. En ese lugar nauseabundo poco a poco hace de ello casi su razón de existir y será allí donde encuentre, espiando, el placer sexual que tiene negado.

Formalmente el film se plantea desde una mirada invisible de la que el espectador es partícipe a través del uso permanente de los fuera de campos; gracias a este recurso fílmico la realidad del país opera como metacontexto sin dejarse ver pero insinuándose. Así como los personajes son espiados sin ser vistos, al espectador también se le niega la posibilidad de visualizar situaciones que son reemplazadas por imágenes evocativas. El juego de miradas es logradamente cautivante en el film.

La preceptora es un personaje ajeno a la realidad social en la que vive. Está fuera de todo y en un proceso de búsqueda. La represión da testimonio de su fracaso en el retorno de lo reprimido sexual. Ella busca desde dónde mirar el mundo. Y su jefe, Biassuto, la atrae porque es un personaje lleno de certezas, casi paternalista, a quien deseará y con quien se identificará en su función vigilante y represora.

El escenario elegido en el film y el punto de vista asignado al espectador sugiere que la mirada es también ese panóptico del poder que observa a todos desde arriba, desde un lugar invisible, una *panconciencia* observadora que se erige como una megaconciencia moral. Pero cuando María Teresa es descubierta por su jefe en su excitación masturbatoria agazapada en el baño espiando a los varones, se turba y rompe en llanto; la mirada de su jefe desencadena la experiencia de la vergüenza; la mira mirando, excitada, y la descubre en su sexualidad fálico uretral; se ve a través de esa mirada y “muere de vergüenza” cuando queda expuesta y descubierta en su desvergüenza y en lo espurio de su identificación, erotizada.

Su “morir de vergüenza” se intensificará hasta el oprobio por efecto de la mirada denigrante y violenta de Biassuto. Ante este pudor que se extrema, será violada por el jefe, representante del *establishment* dictatorial a través de esa mirada impúdica que es literalmente un acto violador que la hace colapsar. Sin embargo, inmediatamente la figura se invertirá convirtiéndose ella en la asesina de Biassuto luego de que él la violara en el baño.

Sobre el final, acompañando el caminar pausado de María Teresa buscando la salida del colegio, el espectador asistirá a vislumbrar un exterior al edificio, la Plaza de Mayo, escenario emblemático de la historia argentina, repleta de argentinos vitoreando el discurso del general Galtieri en las vísperas de la toma de las Islas Malvinas,

último reducto trágico del final de la dictadura militar que dará paso a la recuperación de la democracia ante la claudicación del poder (1982).

Retomemos. Es cuando María Teresa se ve mirada que cae en la vergüenza. Mientras que está allí mirando por “el ojo de la cerradura” escondida en el baño, a través de ese ojo se incluye en una escena que le era vedada—el baño de los varones—como puro espectador curioso. La niña curiosa que hay en esta joven, que quiere saber de la sexualidad espiando, en esta búsqueda se va erotizando y no encuentra freno; en su desenfreno, todo se vuelve indicio sexual, todo huele a cigarrillo, hay que mirar todo de manera invisible y el mirar es su manera de vigilar abusando crecientemente de la mirada. De vigilar la sexualidad propia proyectada en los jóvenes para reprimirse reprimiendo. Hay que esconderse para mirar y hay que mirar para esconderse para cumplir con la función represora.

Paulatinamente vamos asistiendo en el film a una atmósfera más opresiva, intimidante a medida que María Teresa va adoptando las cualidades de su jefe. Las motivaciones ya no son sólo infantiles. La violencia de la mirada es cada vez mayor. Es entonces que Biassutto abre bruscamente la puerta, a las patadas, y la mira y ella se ve mirada. Su mirada invisible que se vuelve visible delatará ya no sólo su curiosidad infantil y la confusión de identidades sino su propia violencia a través del abuso de la mirada ejerciendo una superioridad moral engañosa.

Mientras la actividad voyeurista se mantenía en la clandestinidad, se defiende de la experiencia vergonzosa y puede actuar impudicamente. Pero al aparecer súbita y violentamente la mirada punitiva de su jefe —como una reintroyección forzada— la desvergüenza se hace pública denunciando que había obrado como el ojo del panóptico, mirando con saña los genitales de esos varones cuyos penes deseaba tener para ser, orinando de pie como ellos, y develando a su vez la identidad fraudulenta robada a escondidas en el baño, padeciendo ella misma la violencia de esa mirada cuando su honor es humillado. Asistiremos enseguida a su pasaje al acto homicida que sigue al colapso narcisista.

EPILOGO

Siguiendo las ideas aquí expuestas, se hace necesario reconocer como precursor de la ética una capacidad saludable de experimentar vergüenza, que aunque conlleve tintes persecutorios, se asienta básicamente sobre una capacidad de renuncia a los deseos edípicos por amor a los objetos parentales. Los grados crecientes de renuncia edípica conducirán concomitantemente a una organización ética cada vez más abstracta, asociada a una axiología más impersonal, atada a una mirada más alejada de la concreción de las fantasías infantiles que sedimentarán en la estructura del Superyo.

En el otro extremo, cuando la legalidad se sostiene a predominio de motivaciones narcisistas bajo figuras ora ofensivas, ora defensivas en torno a la humillación y el oprobio, nos encontraremos con una moral violenta, con el ejercicio de un poder megalómanamente delirante, omnímodo y autoritario que en su omnipotencia instila terror y persecución; estaremos ante una legalidad precaria e inestable por fuera de la ley cuya disciplina se basa en la omnipresencia de la vigilancia, el control y la destructividad. Una legalidad que llevará a que la subjetividad quede arrasada como ocurrió en la perversión social del estado dictatorial argentino. La triste figura de los desaparecidos argentinos sin tumba da fe de ello.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1900) La interpretación de los sueños. Tomo V, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- (1905) El chiste y su relación con el inconsciente. Tomo VII, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- (1905) Tres ensayos para una teoría sexual. Tomo VII, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- (1914) Introducción al narcisismo. Tomo XIV, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- (1932) Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis. Tomo XXII, *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (1976) *Vigilar y castigar*. Siglo veintiuno editores, Argentina.
- KLEIN, M. (1946) "Notas sobre los mecanismos esquizoides". En: *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires.

MONICA VORCHHEIMER

- (1955) "Sobre la identificación". En: *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires.
- (1957) "Envidia y gratitud". En: *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires.
- LERMAN, D. *La Mirada invisible*. www.lamiradainvisible.com.ar
- LÓPEZ, B. "Los afectos y el narcisismo". En: *Psicoanálisis*, Nº 3, Vol. 5, 1983.
- MILLER, S. *The shame experience*. Hillsdale Analytic, 1985.
- MILLER, J. A. "Notas sobre la vergüenza". *Freudiana*, Nº39, Paidós, Barcelona, pág. 7, 2004.
- MONEY KYRLE, R. (1978) *The collected papers of Money Kyrle*. Aberdeen Press.
- (1965) "Megalomania". En: *The collected papers of Money Kyrle*, Aberdeen Press.
- MORRISON, A. <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000340&a=Sobre-la-verguenza-Consideraciones-y-revisiones-Congreso-Internacional-sobre-la-Verguenza-Febrero-2005>
- ORANGE, D. <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000338&a=Verguenza-de-quien-Mundos-de-humillacion-y-sistemas-de-restauracion>
- STEINER, J. "Seeing and Being Seen: Narcissistic Pride and Narcissistic Humiliation". *International Journal of Psychoanalysis*, 87:939-951.

Trabajo presentado: 9-5-2011

Trabajo aceptado: 10-5-2011

Monica Vorchheimer
Villanueva 1385, 13°
C1426BMI, Capital Federal
Argentina

E-mail: monicavorchh@gmail.com